

DESDE EL INFIERNO

Cada vez que escucho lo de quédate en casa se me revuelven las tripas. Y lo de los arco iris en los balcones, y lo de los aplausos y, ahora, lo de las caceroladas... Me dan ganas de dar golpes y gritar, aunque ya lo hice algunas veces, y no sirvió de nada. Me refiero a lo de gritar. Algunos días, a la hora de los aplausos, me asomaba a la ventana y gritaba. Gritaba con todas mis fuerzas, esperando que alguien me escuchara y me ayudara. Ilusa... Tan solo una de esas veces conseguí que un vecino de enfrente escuchara mi aullido y, sonriendo, comenzó a aplaudir con más fuerza, haciéndome señales de ánimo con el pulgar de sus manos hacia arriba.

Tengo quince años y mi padre me viola desde los diez. No lo he hablado con nadie. No lo sabían en el colegio y tampoco ahora en el instituto. ¿A quién se lo cuento? ¿Quiénes lo creerían? Supongo que más adelante, con los años y lejos de casa, conseguiré sacarlo de alguna manera. O quizá no; quizá se quede conmigo para siempre...

Recuerdo que hace unos años, en un programa de la tele, escuché a un pianista contar que había sufrido abusos sexuales en su infancia y adolescencia, bueno, de hecho él pedía que se dejara de hablar de abusos y que se hablara de violaciones, y eso es lo que yo he hecho, decir que mi padre me viola desde los diez años, pues bien, ese pianista decía que consiguió sobrevivir gracias a la disociación, un fenómeno psicológico que hace que la persona que lo sufre tenga la experiencia de ser un pasajero en su propio cuerpo, en lugar de ser el conductor... Así he vivido yo durante los últimos cinco años de mi vida. En esos momentos en que mi padre invade mi cama y mi intimidad, mi mente vuela. Literalmente. Vuela...

La semana siguiente a aprobarse el estado de alarma, despidieron a mi padre del trabajo, bueno, exactamente no fue un despido, fue un ERTE o algo así. Mi madre, sin embargo, siguió trabajando en el supermercado. Y ahí fue cuando comenzó mi verdadero infierno.

Las visitas de mi padre a mi habitación ya no eran esporádicas. Las visitas eran semanales y, en algunos casos, se repetían varias veces en una misma semana, siempre aprovechando la ausencia de mi madre; ahora, con los dos solos en casa, todo es mucho más fácil para él.

Un día que no aguantaba más llamé al 016. No sabía qué hacer. Pensé que lo mío también se podía considerar violencia de género y que ahí me podrían ayudar. El teléfono comunicaba. No volví a intentarlo.

Llevo más de un mes encerrada, sin poder salir de casa. Muchos días me he ofrecido voluntaria para tirar la basura y, en esos momentos, siempre he pensado, junto al portal,

salir corriendo. Correr y huir hacia delante, sin saber adónde ir. Pero tengo miedo. Miedo de que, desde un balcón o una ventana, me señalen con el dedo y me griten, o quizá también me insulten.

Mi mente ha dejado de volar y ya no puedo más...

Dos horas después, el agente de la policía judicial descubrió una hoja de papel doblada dentro del puño cerrado de una de las manos de la chica. Despegó los dedos que cerraban el puño y tomó la hoja de papel. La desdobló y comenzó a leer: *Cada vez que escucho lo de quédate en casa se me revuelven las tripas. Y lo de los arco iris en los balcones, y lo de los aplausos...*

Mientras, al otro lado de la cinta roja y blanca, atada entre una farola y otra de la acera, el padre de la chica miraba el cuerpo inerte de su hija con lágrimas en los ojos.